

LA ESCUELA COSTARRICENSE



EN ESTE NUMERO:

Martí o de la Patria

por

VICTOR MANUEL CAÑAS

10430 - IMPRENTA NACIONAL - 1935

...Pero hoy todo es vulgar: los ideales, la vida, la muerte misma. Los pueblos ya no quieren ser libertados. Martí cae en la emboscada. La mecánica ha eliminado de las batallas el coraje, y el Azar expulso se asila en la banca y el garito. Cramp y Krupp hacen la Victoria; de la libertad y la suerte de las naciones conoce y decide en sus conciliábulos la judería: la Bolsa reemplaza Areópago y Capitolio: Esterhazy es el símbolo infamado de la época; el convencionalismo es la virtud; el sentido común triunfa....

César Zumeta

Martí o de la Patria como un deber, un servicio o un acto de abnegación pura

“Martí, poeta, escritor, orador, catedrático, agente consular, periodista, agitador, conspirador, estadista y soldado no fué en el fondo y siempre sino Martí patriota”.

ENRIQUE JOSE VARONA
“Martí y su Obra Política”

LA ESCUELA COSTARRICENSE

REVISTA PEDAGOGICA MENSUAL

Organo de la Secretaría de Educación Pública

Director: MOISES VINCENZI

AÑO III

San José, C. R., 15 de junio de 1935

Nº 30

Dedicatoria

A los majaderos y mazacotes, más propiamente: a los modorros; necios superlativos, como los llama Alfonso Reyes. Idealistas a las veces, pero siempre: timoratos, presuntuosos y mediocres; faltos de imaginación y de gracia. Idealistas de "un solo lado", a quienes la luz ha servido, más que a ofuscar su retina, a anublar su conciencia. A los demócratas, que ejercen la humana misión de explicar la IGUALDAD y de modo preferente en las tribunas de un ideal importado. A los venales, eunucos y serviles: esos cobardes, tartufos, petulantes, que constituyen la maldad del mundo actual. A los pérfidos, hipócritas y calumniadores. A los que el triunfo fácil infló como a un bufónido y piensan que todo lo hacen bien y retebién. A los BUSINESS MEN. A los que buscan pan, privilegios y monopolios para sí, sin importarles nadie en absoluto. A los amigos logreros—demasiado razonables—de quienes hay que librarse, porque la hora de la verdad, que dicen los toreros, nunca les llega... A los honrados con patente legal, insensi-

bles y déspotas a fuero de prácticas injustas codificadas por la chata razón. A los que condenan por indicios, no por certidumbre. A los simoníacos; a los que confiesan por la tarde, comulgan por la mañana y pecan todo el día, sin más ventaja que la de poner los ojos recoletos y presumir de buenos... A los que la moral da de comer, y a los que viven la ley, haciendo política aleve, intriga sutil, compli- cidades y emboscadas tenebrosas. A los "filisteos de la cultura", de quienes dijo Nietzsche cosas y cositas: "doctores sin luz" que atormentaban a Quevedo. A los comefrailes o clerófobos—como se diga. A los que hacen profesión de valientes. A los retrac- tores de los vicios, que se alzan a buen punto por miedo de probar el temple y superioridad de su ánimo. A los normales: jauría mesurada de sesudos y prudentes, a quienes llaman algunos: "buenas per- sonas". A los dómines de palmeta, de notas de buena conducta, que a lo menor retardan, conminan o vetan el natural empuje juvenil, con falsas disciplinas re- medadas o con absurdas disposiciones vividas. A los cimarrones, a los sicofantes del arte, imitadores de viejos maestros, que ignoran lo que es autocto- nía en la expresión. A los poetucos y sabios cazur- ros...; a los vacuos y palabreros. A los que zur- cen linajes, sin ofender a San Lucas, y comentan chismes, sin faltar a la educación. En fin: a los en- clenques del espíritu, faltos de médula y sustancia

vital; a los que oprobian la República en vez de exaltarla, la vilipendian en vez de quererla, la sangran en vez de darla fuerzas,—dedico este escrito sobre la vida de un hombre, gloria de Cuba y de la raza—ejemplo y dechado nuestro—quien fué maestro (todo amor, todo verdad, todo justicia) y a quien ya nuestro país ha erigido una ara incommovible. (1).

V. M. C.

(1) Nuestro Brenes Mesén ha esculpido, sobre Martí escritor, un densísimo ensayo, y García Monge—nuestro ilustre animador—ha editado las mejores páginas del Maestro en su *Convivio—La Edad de Oro* y los versos—, y en su *Repertorio Americano* ha publicado originales estudios de Darío, Unamuno, Ventura García Calderón, Santiago Argüello y otros grandes escritores.

Meditación preliminar

Martí llegó. Era junio y San José—la municipal capital de ese tiempo—se concertaba en un Ateneo propiamente suyo. Era un conclave de abogados y maestros que mantenía la corta tradición española dentro del país. Allí, pues, dijo discursos, vertió razones y se elevó e impuso en seguida. Cierto es que había un antecedente efectivo: Zambrana enseñaba derecho, ciencia social y estética entre nosotros, y hablaba de Cuba y sus ideales con el anhelo de captar simpatías. Eso dirá cómo su llegada, en propaganda política, realizó un triunfo y cómo su voz—la voz de su palabra—trajo algo que vive y se mantiene todavía en el recuerdo de aquello. Y no podía ser menos! Martí era a la época el alma de Cuba y los costarricenses así lo sabían. Por lo menos el grupo liberal de menos perniciosa influencia de prejuicios, mayormente desprendido de sí.

No bien paró, dijo discursos, vertió razones, se le atrajo con cariño: se le miró como a apóstol y si se quiere como a *leader*,—haz y unidad de condiciones aplicables a la obra de un ideal concluyente de falsas normas admitidas, conceptos deleznable y sinrazones de un poder intocable. Bastó una idea para dejar una doctrina; bastó una doctrina, para dejar un partido; más que eso: la certeza de un

cariño. Martí vive entre nosotros como la realidad de un pasado y seguirá viviendo como la cifra de un porvenir. La ley siempre es la misma: lo que sucede o existe crece y se activa con la misma virtud que tuvo al realizarse. Su forma de ser y de cambiar no se altera en la unidad victoriosa del tiempo. Tal como es se ejecuta y vive. La Historia (ese salmo de lo heroico que se llama la Historia) no se concibe en forma distinta: se habla de nombres, de verdades, de esperanzas; se dicen ideas, sentimientos, tradiciones: eso que es culto, amor, cariño de todo, y siempre es *letanía*—si tal puede decirse—que surge de los hechos y va cantando sucesos ocurrentes del vivir en el lenguaje y rimar de lo que fué, de lo que es y sin duda de lo que será. Todo es a base de recuerdo y prefiguración. Pero observad: nada hay que sea baladí en el mundo y sus acontecimientos. Los hechos se atan, se repiten, se agrupan—constantes, invariables y ciertos—en el devenir victorioso del tiempo. Nos activamos en un *entrever* y con un fin preconcebido; a la distancia pensamos; y en un afán de verosimilitud, en un anhelo de adelantamiento, la ley se cumple, se ejecuta y vive.

*
* *

El viernes 30 de junio de 1893 llegó Martí a San José. Dicen las crónicas de un almuerzo en su

honor, de una conferencia en la Escuela de Derecho del doctor Zambrana, de una plática en el club Punta Brava de Cartago, de una conversación en ese centro sobre *patriotismo*: todo, franca actitud por la causa cubana y por todo lo que constituye su *desiderata* en la época. Por ese tiempo, se proyectaba en el medio como el mejor animado de fe y emulación a seguir la obra del momento en el afán de la raza, independiente en sus ideales e independiente en sus realidades, y no iba a ser pospuesto, es claro, por la misión libertadora que realizaba.

Pero una vida se ve más en la voz, en la acción o en la palabra que la inspiran que en el gesto viril que la acompaña. Y Martí—que era a la sazón como el Libertador: un hombre definido en su acción particular—era también un contemplativo. Si Bolívar trabajó, en su época, con pensamiento y acción, emancipando y disciplinando a América, Martí se movía, por entonces, hacia el ideal de su grandeza futura. Pero uno y otro con una absoluta comprensión de América. Martí más que Bolívar. Entre aquellos que trascendieron al pensamiento y al arte en este Continente nuestro; entre los que sintieron, igual que una hoguera, la quemazón de ser libres. y aquellos que, por fuerza y potencia, llevaron sus talentos a firme y eficaz realización, apenas si lo hay a quien la comba de su ideal no lo recoja y cuyo particular amor a la patria lo lleva a campos más

ampliamente americanos. “Hagamos sobre el mar” —se complacé en decir— “a sangre y a cariño, lo que en el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andina”. Y si lo dice, piensa, siente y vive la intensidad de ese concepto. Nadie es, desde la Independencia, más vasto en fuerza íntima que este *spectacle magnifique* todo exaltado pensamiento libre. Nadie más sereno, más dulce y tolerante, más evangélico y humano; menos feroz en esa vorágine de hombres y pasiones que va rodando el ser libre. La libertad es la gloria de esta vida que corre hacia Dios. ¿En qué consiste su triunfo? En el don de orden y armonía. Más que en eso: en el culto asiduo mantenedor. Nada hay que lo aparte de su leal pensamiento. Nada hay que desdiga, en su persona o sus actos, de lo que en verdad es: un espécimen de orden en el barullo revolucionario de América. Es el bridón sobre el que hincó el deber la espuela de la ley. Su ideal alentador, su devoción, su esfuerzo en la patria oprimida, hablan de su deseo de ser libre y del medio tendiente a realizarlo. El genio de la Luz iluminó sus pasos, y si lo ató a la causa de la libertad, de suyo inquietante, lo elevó, de forma inmediata, a la ponderación del bien, de natural sereno. ¡Vedlo! . . . Vibra una vez la nota alada de la vida, y silabea al punto su verbo interior. ¿Con qué manifestación? Con la de un hombre que marcha hacia sí. Más bien: con la de una ave que vuela sobre el abismo del alma o

sobre el silencio de la idea de que hablaba Hugo y se proyecta en la fuente interior de su espíritu. No se le ve en efecto si no es sin cuerpo en el cielo, para decirlo al modo del clásico, con pasión de lo absoluto. No se le admira si no es en el análisis de su pensamiento: en la apacible amplitud de una contemplación unitiva que dé ser a su vida y que la anime. Para apreciar a Martí es menester su cabal conocimiento: que mirarlo bajo la lluvia de la meditación es la forma de poderlo comprender. Es de dentro como si dijéramos que sale *heroica* su figura.

*
* *

En su alma se contiene todo: las leyes del espíritu, el resorte uno de la verdad, el fin directo, la gloria de haber nacido. Para quien mire en la Idea el plan humanizado de la Creación, llegar a él es asistir al acto en que los *héroes* fueron. No hay hipérbole en eso,—menos fantasía que forme la *ídola tribus* de que hablaba Bacón. La esencia bella que se cría a sí misma, puso esta vez, en la gracia de una criatura, ala y voz. Del Entusiasmo Sagrado surgió un Poeta, un Redendor y un Profeta: lo que se llama en la terminología de Emerson un *representative man*; el *gran genio* en la alteza filosófica del término. No obstante, si le miráis, en sus virtudes y su avan-

ce, nada de humano le es desconocido, pero tampoco nada que sobrepase el natural de hombre y sus actividades. Y es que—hombre, cosa o verdad—nada hay que no sea, por la ley o por imagen, la exégesis circunstanciada del Todo, la concreción del Universo.

Gozo y amor en el total olvido de sí mismo, eso es Martí. En el orden sin tregua de su acción, todo es amor para él, cabal renuncia y luz. El amor es todo en la vida, y en Martí su más bella actitud. En el amor se plasma Poeta, por ejemplo,—y poeta lo es, porque, amando, se colma de vida. En el amor se plasma Héroe,—y héroe lo es porque, muriendo, es suya la virtud. En el amor se plasma Santo,—y santo lo es, porque, exaltándose, llega hasta Dios.

El amor es todo en el mundo. El Dios Criador cumple en la vida, por su medio, con Su razón particular: una razón que apenas si puede concebirse dentro el concierto de todos los seres. Son las facultades del hombre, cabalmente, puestas en obra, los medios a subir a su reino de luz. Y es el amor lo que en Martí fué vida. “El amor es lazo de todos los hombres”—dijo él mismo—; “el modo de enseñar y centro del mundo”. Y si obra es la idea en los que, como él, marcaron sus pasos al toque interior de sus acciones, en este mundo nuestro, en el cubano, la más grande de su amor. Cuando brega, cuando canta, cuando llora—en actos del espíritu o en el ambiente en que ejercita su pie—Martí es el mismo:

el sumo amante de todo lo creado y el sumo "libre" de todo lo sentido. El Maestro amable, el Maestro amante y el Maestro amador de la libertad.

¿Libertad? Sí: amor de redención! Redención sin límites, sin altos en el camino. Hombre de orden, amador de la libertad, soñador de alma libre, Martí es uno en sí mismo: la idea hecha carne de su ideal. Su ideal es la patria. Y héroe de la patria, a nadie puede llamarse como a él: "El Patriota". Es el patriota por antonomasia de Cuba. Por Cuba vive y por Cuba muere. Desde el Grito de Baire hasta Dos Ríos Cuba en el dolor lo ilumina. Pero maestro de América, caballero de todas las justicias, es lo que se llama "un proveedor de ideal" de todo el pueblo americano. Un vivificador. Nada fué valla a oponérsele. No su ser natural ni la estolidez ambiente. Si hizo cada vez y en cada caso lo más y lo mejor que pudo, al decir de Varona, cuanto hizo nació de su pureza y siempre del lado del derecho. Si pensó como Tales que todo hombre debe elegir una obra buena y honrosa y trabajar para realizarla, también como él lo hizo: pensó mucho, fijó una idea, y al punto que una crítica racional le demostró su firme realidad, por ella fué, camino de Dios, hasta la cruz; volvióse reacio al al fútil aspecto de las cosas y como el Santo padeció por amor. "Padre de hombres", supo sufrir por todos ellos, trabajar con tesón, con entereza y dominio, con engrandecimiento cada vez mayor.

En actitud de arte unas veces; en afán de análisis, otras; en mira de inmortalidad, siempre. Supo arrancar de la Naturaleza la chispa engendradora de la vida, y fuerte, la débil porción de los despuntes primeros. Supo florear con arte primoroso de luces y esperanzas sus luchas. En amparo de la verdad unas veces, en defensa de la justicia siempre. “La pasión de la justicia”—ha dicho Suarés—“es un sentimiento exaltado del orden”. Y unió Martí, a la belleza de su concepción, la pujanza a realizarla. Que tuvo entre otras la facultad de dominar la emoción cuando ella conduce a normas de mal vivir y la potencia de heroísmo a conquistar su triunfo definitivo y cabal.

Sin embargo: si se buscase el significado que a él corresponde en su vida toda dolor, más que *héroe*, es el *poeta* de la Isla esclavizada. En Cuba mártir es más que Heredia, que Valdés y que Zenea: más que Avellaneda, Saco, Delmonte y Giberga. ¿Poeta? . . . Sí; poeta! Como lo quiso Emerson: sólo limitado por la duración de la vida . . . “con la expresión sincera del pensamiento libre”.

Mezcla de inquieto, de sereno y de “espectaculoso”, muestra Martí esa forma que puede nominarse con un esquema verbal: “un alma sincera”. Forma que nada pierde, al realizarse, del encanto que le da su virtud y cuya manifestación es esencia de su realidad. En Martí, ser sincero, es una fuerza; y lo es

porque—estrictamente sincero en la constitución nativa de su sentimiento—lo es en su naturaleza propia: sin orgullos, sin alardes, sin maledicencia: sin temer la traición ni la celada. Y no la puede temer quien se siente personero de su patria: su centro, su objeto y su razón: la pauta del ritmo nacional, la antorcha de su pueblo y el lábaro de su libertad. Ni la intontona fracasada de Purnio, ni los pronunciamientos de Lajas y de Ranchuelo, ni la asechanza de Tampa, ni la ingratitud de todos, son a cambiar la obra de su corazón.

Bueno—con la bondad sencilla del que ha sufrido mucho—, si tiene la dureza impenetrable del caudillo, la acción sin ley del revolucionario, el grito a lo soldado de los guerrilleros, tiene también la inspiración virtuosa del artista. Es el artista que forja en sí la realidad de una patria viva! Lleva por arma la ley del caballero, la fe y la experiencia por norma de su actividad. Tiene como el de Asís rosas para todos: contra el ataque, contra el orgullo, contra la maledicencia. Siempre en actitud de amor, de inocente ternura, de suave y pura reflexión moral. Alma de artista, gallardo paladín de cuanto fué libre, mártir-rey del patriotismo y personificación de la suprema esencia heroica, ¿quién como él para sufrir por el deber y por los hombres? Sacrificarse, llegar hasta la cruz, morir en ella, sufrir por los que siguen viviendo, ésa es su ley. Que si los hombres lo miman,

luz caiga sobre ellos!—que si los hombres lo asedian, luz caiga sobre ellos! Luz para todos, aun cuando lo busquen para hacer de él un gran dolor o para matarlo ruinmente.

Oid, si no, dos estancias de sus *Versos Sencillos*:

“Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca,

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo:
cultivo la rosa blanca”.

Meditación Primera

Martí nació el 28 de enero de 1853. En el 67, por tanto, era un niño, quizás un adolescente. Con todo, el patriotismo, la inteligencia y resaber que luego tuvo ya anunciaban un triunfo. Fué así cómo su padre una vez le dijo: "No me extrañaría verte peleando un día por la independencia de tu tierra!".

Y no deseaba ironizar propiamente: celador de la Isla, su condición se lo impedía, y adscrito a la Gobernación de Concha desde 1850, no escapaba a su atisbo el valor de su frase. Algo había en el medio, inquietante, que no era el continuar bajo el yugo sin una protesta siquiera. El viejo así lo comprendía. Y si su hijo ostentaba en el haber de sus aspiraciones el premio de Mendive, su consejo y la huella luminosa de sus pasos, era, con todo, una voz entre el vulgacho incógnito. Se evidenciaba a la sazón un poeta, un poeta que canta y un poeta que escribe; pero no era él propiamente quien sojuzgase el peligro. Cuando *La Escuela de Varones* lo acoge en su seno, y canta la gloria, canta el alma, canta el oprobio, canta la vergüenza, es de *ocultis*, temeroso de seguir la vereda por donde han ido muchos al presidio. Su vocación apenas comienza a definirse; no obstante, en esta época ha sentido lo que es el "gobierno liberal" de Dulce y la relativa libertad de im-

prenta de su mando, el españolismo a ultranza existente y la "pronta justicia" de los capitanes generales. Pero siempre sus versos, su prosa, su crítica científica van al margen de los acontecimientos. No es sino cuando ocurre lo del Villanueva, la tacha a un traidor, que obra su trasformación.

¿Cómo fué eso? Un día las autoridades cierran *San Pablo*: su examen le es denegado y la cárcel—"por sospechas de infidencias"—le abre sus celdas. Se le apresa, se le maniata, se le encierra: se le juzga, se le zahiere, y lo que es más: se le condena. Un consejo de guerra levanta sobre él el triste dolor de una sentencia de seis años de presidio y con ella las accesorias de su realidad. Lo que entonces sufriera ya lo dijo: "Dante no estuvo en presidio. Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento de la vida, hubiera desistido de pintar su infierno. Lo hubiera copiado y lo hubiera pintado mejor. Si existiera un Dios providente, y lo hubiera visto, con una mano se hubiese cubierto el rostro, y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios". Es el pesar que constituye su necesaria consagración de dolor; pero que habrá de demostrarle le una vez y para siempre el sistema colonial de España y su protervia. "Mucho he sufrido"—escribe a Mendive, después de seis meses de cautiverio en el presidio Departamental—"pero tengo la convicción de que he sabido sufrir" . . .

Ese fué su mérito: saber sufrir por el ideal apete- cido! Con la fortaleza de un hombre. Cuando llega- do a España—trasladado a Pinos, por inducto, y de ahí a Madrid, por deportación—se alza a decir lo que su patria necesita, no es como en sus días de paz: suave y convincente. Maldice y fulmina! Y de café en café, de escuela en escuela: donde haya uno que escuche o por lo menos que vea, se levanta, y se levanta a perorar por la independenciam de su tierra. Esgrime, afirma, aporrea y deshace! . . . ¿Con tris- teza infinita? No: con vibrante melancolía de após- tol: la palidez que la cárcel concede, los ojos abstraí- dos, el rostro febril, la voz—aquella voz de santo!— timbrada de lágrimas y cólera.

Mas si el dolor lo devora a zarpazos, él es pan y fuerza única que lo mantiene en pie: es el ambiente en que su *yo* se verifica, la inspiración en que vive feliz, su constante cavilar y su gloria. Que “es ley maravillosa de la naturaleza”—ha dicho él—“que sólo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa en bien de los demás la nuestra”.

Por julio del 72 se encontraba enfermo; apenas si asistía a la Universiad como oyente. No es sino hasta que llega Fermín Valdés Domínguez, su ami- go y protector, cuando se mejora un poco. Se tras- lada a Zaragoza; y si los males son menos, a fines de noviembre Martí se agrava todavía: ha habido

que hacerle una ablación en el tumor formado en el presidio y el dolor se intensifica. Pero él sabe que duros comienzos suelen tener grandes fines y de esa forma su esfuerzo es cada vez mayor. Se gradúa de bachiller y se licencia en Derecho; y un día, ante la cubanada de Madrid que se reúne en corrillos y ante los españoles que hermanaban ideales en una de las logias masónicas de la localidad, se alza a decir su mensaje, sobre lo que es y puede ser la libertad de los pueblos, su ejercicio y disfrute, su verdadera realidad. ¿Con qué resultado? Con el que era de esperarse: con silencio absoluto de todos. Que los que piensan en ello, lo analizan y lo ven, pero ninguno vive su verdad. ¿Miedo? ¿Discordia? ¿Rencor? ¿Burla? ¿Incomprensión? ¿Es odio, de parte de algunos? ¿Es voluntad determinada, acaso? ¡Quién sabe! Eso se dirá, es claro, cuando ocurra su transmutación definitiva.

†
* *

Mas veamos sus pasos en esa España estática de entonces. A la proclamación de la República, en el 73, y ante la idea de mantener federativamente unidas ama y vasalla, va ante ella y la combate: la combate con efusión. Sabe que el *demos* ensordece a los anhelos intelectuales y apenas si los mira con filantrópico desprecio, y ve y comprende el deber de

sojuzgar el peligro. Y si el separatismo se derrumba, hay que sostenerlo desde luego! En la Academia, en peroración que lo mantiene hablando siete horas, reduce a cero los propósitos federalistas. ¡Qué batalla, qué lucha aquélla! Sin resultado efectivo es verdad, pero con afán restaurador de tendencia firme. Se concibe que no era él quien activase la indiferencia de España, hostil a sus reclamos premiosos; pero su anhelo, dirigido a ulterior resultado de realización en el esfuerzo de rectificar los procedimientos coloniales, a nadie se escapa. ¿Quién no lo sabe? No es de mérito el conquistar pequeñeces: los triunfos son del que conquista la cima, no del que busca el valle. De España, ¿qué podía esperar? Nada. España activaba la forma aguda del gesto patriótico en ese *imperialismo republicano* que vivía, y no iba a oír a quien creaba, rehacía y prolongaba idea tan vasta y discutible del espíritu: la independencia. Y menos a quien traslucía en su afán el objeto único y personal de la vida: la libertad. España ensordecía a esos clamores o por lo menos pareció ensordecer. Y si como madre putativa le dió luz, ilustración y cultura, no fué tanta como para producir su caída. Si alienta en *La Revolución Española ante la Revolución Cubana*, el folleto de entonces, el reclamo premioso de la Isla, su decir cuitoso y exigente no lleva la oportunidad del mundo español y de su vasallaje. España le dió cuanto pudo: esencia y normas de

trabajo, y no faltó a su deber de conquistadora al otorgarle cuanto ofrecían sus posibilidades: una preparación puramente castiza: una sangre, un idioma, unas virtudes, un Dios . . . : todo, menos la libertad,—ese don que cantaban sus poetas, exaltarán sus pensadores, ponderarán sus políticos, pero que ningún español podía disfrutar entonces, como bien propio y natural. ¿Qué iba pues a esperar José Martí de esa España estática y doliente? Casi nada.

Sin embargo, es de ver cómo nace su ideal en las campiñas solares con su exultante rinar de gloria alegre. Cómo se patentiza, exaltándose, su vocación, en las aulas de Madrid y Zaragoza. Cómo se impregna su estilo, de la lengua de Castilla. Cómo, cultura y pensar, por el aficionismo filosófico que en él despertaran, lo llevan a inquirir las razones por cuyo cauce ha de llegar, al correr del tiempo y a favor del estudio, al punto ideal y verdad única del mundo español y su objetivo magnífico. Lo que es más: cómo su afición, en el ambiente, se alza de ya con vibrante obra de genio y con voluntad propia de trabajar a la contemplación esencial e íntima, sin incógnita sentimental, de esa idea sol de su vida que deviene inmutable y a través del tiempo lo mantiene poseso, fiel a su destino. Nada hay que no tienda, en el hogar de sus mayores, a convertir en fin su intrínseco amor. Lo que puede, lo que ofrece, lo que da actividad a su obra en el medio español en que se

agita, es todo español y para los españoles. Si aboga por la independencia de su tierra, movilizandó opiniones, escribiendo artículos, exponiendo ideas, es un apóstol bajo el designio de Dios el que habla! Quiere lo mismo la libertad de los hombres que la de los pueblos y de las razas. Y no la autónoma libertad de los suyos exclusivamente, sino la de "sus hermanos los españoles", que así lo necesitaban. Cuba es su proclama, Cuba libre, pero también España por sí y para todos. Ese es su ideal y sin duda su convicción más sincera,—la ley inapelable de su espíritu. La misma ante los nobles, en la Corte, que ante los federales, en la Academia de Jurisprudencia. La misma ante los vanos y los letrados, vanos también. La misma ante Zaragoza entera liberal. Recordar su discurso acerca de la muerte, la caridad y el amor, en el Principal, después de los acontecimientos que trajeron la caída de la República, y veréis cómo siempre Cuba, Cuba libre, es su proclama; pero también: España por sí y para todos.

En España trabaja y estudia, día con día, noche con noche, lleno de afán, de grato anhelo, de actividades mejores. Allí piensa, allí dice y allí canta. Pero también allí se da y se prodiga. Y si toma la luz para sus trabajos y la prenda de sus aciertos, allí adquiere—por sobre todo lo que se diga y piense—su veneración a la Madre, su culto a la Patria, su dogma y ritual. En sus aulas, en sus cafés, ante

Figueras republicano, en el *Diario de los Avisos*. o en el estudio del pintor Gossalvo, ante todos—intelectuales, comprensivos, obtusos o chatos—Martí es el mismo: el defensor más entusiasta y cumplido. Pero notad: ni medio ni persona le obstaculizan en nada. Sabe de la virtud vulneraria de las frases bellas e insistentes y no deja de mirar que la palabra impone la idea y la idea implica la cosa, y habla, habla mucho, con desenfado y acción. Y si el éxito no es del todo efectivo, como no podía ser menos en esa España indefinida de entonces que lo atormenta y aguija y que sin embargo le da vida, su entusiasmo es el mismo en la extensión de sus fracasos y en la constancia y tenacidad de sus propósitos. Aquí, allá, acullá, en todo tiempo y lugar: tratando esto o tratando aquello . . . Y si el ritmo de mejoramiento nada levanta en el ámbito en que se desarrolla, fuerza es decir,—y decirlo en favor de España—en él se le oyó con paciencia, con amplitud y con cariño; y nunca su estilo—el de su actividad y el de su vida—sufrió menoscabo o flaqueza por razones de ambiente, de raza o de momento: se mantuvo, constante y preciso, en la actitud misma de su naturaleza.

Realización

Pero eso y más, lo que urge es su obra: lo que interesa es la realidad fija de la idea. Lejos de cuidarle cuanto las gentes piensen, sigue adelante en un activo peregrinaje.

¿A dónde va? . . . Al mundo: adonde lo quieran oír! Y lo mismo dice sus ideas en el medio español en que se agita, que en las ciudades y burgos que va visitando.

Se embarca en Southampton, llega a Veracruz, a bordo de un vapor inglés, y con la ayuda pecuniaria y moral del buen Valdés, se une a su familia que por entonces había venido a México. Era abogado, pero su profesión—hostilizante de suyo—le inspira fastidio. Y antes que ejercerla, prefiere enseñar y más: escribir en los periódicos. Alienta un ánimo, confecciona una obra. Periodista, profesor, comediógrafo, orador, poeta, Martí escribe, enseña, dice y canta. Colaborador de periódicos, redacta el *Federalista* y la *Revista Universal*; dirige una sección del *Boletín* y dice en el “Liceo de Heredia” su bella conferencia sobre espiritismo y materialismo. Estrena en el “Teatro Principal” su proverbio *Amor con amor se paga* y como siempre: hace labor libertadora. Por ese tiempo apenas si ha escrito para el público fuera de lo que requiere el servicio de la patria. Esto no qui-

ta, sin embargo, que sea entonces cuando su pluma defina cierta e inconfundiblemente la manifestación de su primicia y se la ejercite con rasgos que ha de afirmar de una vez y para siempre en el monetario de su gloria.

De otra parte, es en México donde comienza a ser convicción su "americanismo" y sobre todo en el aspecto político. El sabe que México es grande en la misión que activa y que provoca, noble en la actitud de conducir y de mirar: la más progresista, la más pura en el deseo colectivo de filantropía. Ahí trabaja, ahí se activa, ahí vive largos tres años; no pasa día que no sea para su patria. Y en los círculos literarios de Prieto, Ramírez y Justo Sierra, en las reuniones familiares de Peza, Flores y Juan José Baz, adquiere no sólo un estilo: también la limpieza y elegancia que lo han de mantener incólume en las actividades iniciáticas del modernismo americano.

Y como guía constante tiene en México la inspiración de una musa que lo consagra en su esfuerzo y que, si no logra como en Acuña consumir sus fervores de desterrado, sí es consuelo de sus voluntariedades. Voluntariedades que lo llevan, no al suicidio como al autor del *Nocturno*, sino a un romanticismo atemperado en lo literario y a una forma mística de ver las cosas que lo torna unas veces sencillo y otras grave.

*
* *

Mas como el medio no le diera a la sazón realidades que se tradujesen en obra, pasa a Guatemala,—y ahí ama. Casto amor es verdad: amor de beso en la frente; amor que no es el devoto y único que estimula su vida y a cuya idea lo subordina todo, pero que no es tampoco como el de Blanca de Montalvo en su estancia de España, o el de Rosario de la Peña o Conchita Padilla, o la misma Rosario, durante su permanencia en México: un amor diferente de todos : un amor suave y dormido para el que tiene solamente la canción de un hermano. Se cuenta que la señorita María García Granados tuvo por Martí una inmensa pasión que él no pudo corresponder por desgracia: comprometido en México con la que fué luego su amante compañera—doña Carmen Zayas Bazán—, Martí no pudo menos que ahogar su cariño. Recordad si no su *María* y aquella estancia novena de sus *Versos Sencillos* y veréis el luchar de su alma y el vencer largo y penoso de su dominio personal.

Nombrado catedrático de Filosofía, Primeros Principios y Literatura de la *Escuela Central*, se improvisa maestro, es decir: creador; la *Revista de la Universidad* recoge sus producciones, y orador: pronuncia su discurso sobre la oratoria en la velada que celebra la *Escuela Normal*. Como siempre dice y pondera la causa secular que lo anima.

Y trabaja—hora tras hora, minuto tras minuto—hasta que un día, cuando todo era descanso y virtud la propaganda, vuelve los ojos a su patria, y a ella va. El juramento de Madrid surge otra vez a su conciencia ciudadana, y el viaje se decide bruscamente: una contrariedad estimula su ida y como antes lo hiciera se va dejando, sobre el cogote del violento, una pica clavada. Renuncia sus cargos por solidaridad con el catedrático cubano José María Izaguirre—a quien un acto de fuerza del Presidente Barrios quitó la dirección de la Escuela Normal—y hace una protesta ruidosa. Todavía se cuenta, en Guatemala la nueva, de aquella ira santa ante la fusta del tirano, y no falta quien lo diga con halago y cañiño.

Mas, como el Pacto del Zanjón del 78 había puesto fin a la patriótica insurrección de Yara y todo era duda, fin penoso en el ambiente, y apenas se había acordado un “olvido del pasado” y no la “amnistía general” que todos esperaban, Cuba era campo de una revolución activa de carácter moral, difícil de contener. Martínez Campos apenas si prometía los derechos que Puerto Rico tenía en lo político: la representación en las Cortes; pero los cubanos anhelaban los derechos inalienables que la Constitución garantizaba a los opresores. Todo era promesas, vanas promesas, sin embargo. Y Martí no iba a gorjear su congoja como un zogoibi gra-

nadino ante el reinado caído: si se esforzaba y se esforzaba abiertamente, era para vencer. Nadie se lo podía impedir. Un día cae sobre la Habana, y apenas sus pasos huellan la bella ciudad, emprende una obra: quiere levantar el espíritu público y si se puede realizarlo. Y olvidando el fracaso y la caída, pensando más que en el punto ideal que lo vincula, en la revancha victoriosa que lo esfuerza, enlaza razones a razones, pensamientos con pensamientos, hechos con hechos, y toma la actitud del propagandista. Un propagandista oculto pero activo: propagandista so capa de profesional. ¿Un profesional? Sí: la profesión como medio de vida y facultad de ocultar al conspirador en cierne adquiere forma tangible. En compañía de don Miguel Azcárate abre bufete. Es claro que las cuestiones políticas adquieren desde ese momento preferencia sobre las cuestiones jurídicas. Los cubanos no se conformaban con el "asimilismo" que habían logrado conseguir después de diez años de guerra, y la política seguía agitando los espíritus. Cuando murió Torroella—el expatriado de México—Martí hace su discurso famoso; y con él se consagra como "el águila naciente" de la tribuna cubana, no sólo por la forma magistral de realizarlo sino por el fondo y tendencia políticos que buscó desarrollar. Y cuando una semana después terció en el debate que el Liceo venía sustentando sobre "el idealismo y el racionalismo en el arte", Martí rutila con

el verbo más alto de Cuba y quizás con el mejor de su existencia liberal; pero también como el punto guía que a todos suscitaba.

*
* *

Y aquí un paréntesis! Tratándose de Martí orador, llega de suyo el tema de su oratoria. Más que orador de las defensas lucidas, en las justas de la profesión, dice y sabe decir, en las plazas públicas y los centros políticos. Sin apagamientos mentales ni petrificaciones,—aun cuando traiga, ciencia y filosofía, ese sopor de ánimo que a unos aguija y a otros mata o apaga para siempre. Todo consiste en que “el orador define la apariencia de una cosa o algún compuesto de ella y de ningún modo la cosa misma”; en cambio el filósofo define los géneros y las diferencias. Uno y otro, sin confundirse ni identificarse. En Martí se unen ambas cosas, sin embargo. Si se embebece en las leyes y las ciencias, es para acendrar su bella manera de exponer; si profundiza su filosofía y quizás más propiamente la alteza de su sacerdocio de apóstol, es para vagar libremente por períodos y cláusulas y alcanzar en la armonía de su estudio la palabra pública y oral. Porque él lo sabe: tras el pensar bien y correctamente ha de venir sin atraso el hablar y escribir bien y con acierto; y piensa,

medita y sueña; estudia literatura; recorre el apilamiento interminable de los libros, hasta llegar con su abasto a la más alta y poderosa intelección de hombre que se haya visto jamás en cuanto a ley, estética y principios se refiere. Su idea es reunir la "lumbre de la ciencia" y el "florear de la lengua", el ritmo armonioso de la música y el inefable del espíritu.

Su palabra es el verbo del apóstol: verbo en que el caudal propio se revela, no la miga ajena: verbo ideal, en el que hay, sin afectarse, conocimiento y espontaneidad. De sabor académico unas veces; sano y ameno siempre. Verbo luz, verbo armonioso, verbo purísimo; lleno de sentido, de capacidad y suficiencia, de nitidez soberana, de suave donaire generoso, de audaz penetración. Unas veces incisivo, flagelante, candente; otras, persuasivo, lúcido, gigantesco, niagarado. Ahora apacible, tranquilo, puro, ecuánime; un clásico: haciendo galas en lenguaje dei más puro cervantismo,—su actitud sube o baja la escala lingüística parlante según sea la acción de los sucesos realizados. Y no deja de ser lírico en su expresiva creación, para aparecer hermoso, y sobre todo, espontáneo.

Ya está dicho! Es como efecto de su actividad profesional puesta en obra y practicada en su labor asidua y diaria que surge la condición más efectiva de su ser: el orador. Pero en la plenitud del concepto.

El orador fidedigno y probo, como lo quería la escena griega. Ved, si no! Elegido Secretario de la Sección de Literatura del Liceo de Guanabacoa dice conferencias sobre arte y ciencias y lo hace en una lengua de imágenes, en una elocuencia flagelante, en un estilo afluente, nutrido de sentencias. Si con tendencia jurista y de servicio, con afán propagandista y con anhelo literario. Decía Lord Macaulay que para ser buen abogado se necesitaba: viveza de imaginación, tacto, ingenio, sutileza, elocuencia y trato de gentes. Y nada eso dejó de tener en Martí el orador. Su imaginación no le va en zaga a la de los grandes líricos del mundo ni son menos en frescura los colores que ella atesora. Fácil la memoria, trasforma y da de sí. Su discreción es absoluta. Su discurso aprovechado: uno, magnífico, sin fárrago molesto. Discurre, río de aguas puras, sin ambigüedad . . . Eso no quita que él se forje en el bronce de una lengua clásica escogida. Hombre que manejaba la palabra como si hablase entre príncipes, su inteligencia y sentimiento lo mueven en las reconditeces de la idea y de la forma. ¿Quién, con efecto, en la oratoria neo-española, de más amplios modos de mirar las cosas, siempre nuevos, inesperados y doctos: de impresión constante en número, en imágenes y en dulzura? ¿Quién? . . . ¿Dónde el orador entre nosotros? Bien que nadie lo fué más extraordinariamente! El matiz esclarece y colorea sus con-

ceptos, los agranda, los crea: el tinte les da particularidad. Cuando elocuente: de éstos que en despegando los labios dan la ley del hablar y en hablando triunfadores son desde luego. "Era un desvalido"—dice Sanguily—, "sin más bienes de fortuna, sin más honores ni títulos. Sin más tesoro que su palabra". Y dice Diego Vicente Tejera: el que no oyó a Martí en la intimidad no se da cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana . . . La oratoria de Martí es extraña dentro de las clasificaciones arcaicas y rigoristas y las toesas y correcciones disciplinarias; y lo es por la apuración y esclarecimiento de las ideas que la dan base. Una oratoria lírica que no tiene de la dicción de los verbosos comunes. Oratoria de apóstol: profunda, desmesurada, inundante,—hasta perder el miedo a lo "dantesco". Nacida de lo más íntimo del ser, de lo más hondo de la naturaleza. Refractaria de la frase hecha, del giro común y vulgar, del clisé . . . ¿Y su trato de gentes: su trato con el público? La educación de un *gentleman*, el entusiasmo de un conversador. Qué entusiasmo! No la verbosidad incoercible del vendedor de específicos; la absurda locuacidad de ciertos parlanchines: el señorío y libertad que le presta la humana inventiva, en la que vive al par la fraternidad de las ideas y el ejercicio de un decir inteligente y natural, la voluntad propia de la forma. ¿Se vió en Martí, alguna vez, un fuero des-

compuesto, una sucia locución, un chiste cínico? Galla constante es ley para su verbo; y poesía su buen decir. Un decir sin artificios ni pedanterías, ameno y variado siempre; enlabiador: brillante, agudo, doctado, sin eufemismos académicos; un decir—ya lo sabéis todos en América!—vaciado en los moldes de los paraninfos eternos.

Su estilo (el de la prosa que habla o el de prosa que escribe) es a las veces rápido como el de Fray Luis o el de Santa Teresa, andante si se quiere (ved sus cartas!); a las veces cortado, profundo, novedoso como el de Saavedra Fajardo y Gracián. Con algo de Hugo y mucho de Gauthier. Más propiamente: con mucho de Plinio el joven, en el elogio feliz del gran Trajano. Nadie como él entre nosotros—acaso sí, alguna vez, Montalvo—ha poseído el genio de la lengua española: José Martí se evoca único por el secreto extrahumano que mantiene, por la alegría verbal que esparce y la serenidad cuya expresión da de sí ese equilibrio que conlleva. Si no tiene la gracia, sociabilidad y fuerza que distinguen los textos clásicos franceses, por ejemplo, sí la selección, sobriedad y armonía de un artista verdadero; un artista que, para orgullo de la América, es un criador viviente de lo que podríamos llamar la sensibilidad universal del estilo; por lo menos la sensibilidad de los pueblos de la Romania; la única que subsistirá en nosotros a lo fútil, a lo efímero, a lo pasadero,—

a lo estrecho y mezquino del lenguaje humano. Eso no quita que haya en él "verbos viejos, adjetivos inéditos, construcción barroca" como dice Mañach, y se noten por maravilla descoyuntamientos sintácticos, revesamiento, conceptismo formal, poca propiedad en las acepciones, que las hacen según sea confusas, embrolladas u oscuras. Pero su estilo es en general perspicuo: el prototipo de un casto modernismo superior al de aquel ultramoderno del siglo que llenó en su tiempo el amanecer de la República española y que fué sin duda el más alto orador de la Madre Patria: Don Emilio Castelar. Si más oscuro en su sentido esotérico, muy superior por su belleza, por su sencillez y por su espontaneidad, a pesar de todo,

*
* *

Verbo-motor, en su fondo se contiene todo: la amenidad migosa de la idea, la penetración incisiva, la inteligente sencillez del decir, la clara noticia de todo. Todo con certidumbre impecable, con desbordante espontaneidad. Se encarece la meditación en la substancia firme de la forma, la sed mística de lo absoluto en sus pensamientos, y se adivina, se palpa, se ve, la frase exacta en el período: período capaz de mover a entusiasmo al más sensible como al más pensador. Su fuerza llega al espíritu con

premura de milagro. Y no se pierde para ello el orden lógico de su concepción, ni su fuerza en su íntimo subjetivismo. ¿Cómo? . . . Otea y reduce, deslinda y concierne, reparte e ilustra las palabras con despejado arreglo. ¿Intuitivo y espontáneo? ¿Don natural o don gratuito? No: querido y deliberado; don natural. Oís cómo en la frase anima el giro que sobrepasa la intención, la alteza de miras, el fondo aprovechado, la aristocracia verbal. Aristocracia más estilista que hablista, en el moviente comercio de la metáfora; pero sin retórica ni convencionalismos coercitivos. Y basta un pique para ponerlo activo; y activo, la victoria es segura, indiscutible, completa. Esa como nota de ardimiento y primor que es lazo de unión del orador y el oyente que, por uno como delirio o trasportamiento divino, lleva a quien lo escucha a admirar, surge llanamente, sin tropiezo ni arrepentimiento. Brota la palabra en sus labios, y vuelca al punto un estremecimiento que pone en su resolución mil matices sutiles, un resplandor; uno como ignoto escalofrío, una fuerza desconocida que lo señala eminente y que atrae con imán irresistible. Y no bien se inicia su discurso, cae sobre el oyente un eclesiástico recogimiento, como si el alma se zampuzase en la maravilla interior de las ideas y saliese nueva y distinta. La frase, el tono y el instante: el ambiente interior y el clima espiritual: todo bien acordado.

Y enmarcando eso: el fácil ademán sin misterios ni rebuscamientos, “el ritmo de sus manos, las modulaciones de su voz, el relampagueo de la luz de su mirada”. Véis allí—en lo hondo y escondido del alma, en lo profundo y retirado de la mente—el paisaje espiritual que cuelga el cuadro. Observad! Hay algo que le insufla personalidad, que le hace novedoso, que le da fuerzas distintas y fecundas y lo pone a andar. Leedlo! ¿No es verdad que sentís su elocuencia infinita, su joyante decir? ¿Un decir hecho de “volátil materia de ensueño”; de algo que aletea, subyuga, estremece el corazón como un pájaro prisionero?

La verbosidad—ese lujo mal entendido de desflocar la idea—; la palabra de los oradores de plaza pública, la voz destemplada y elegíaca de las politicastros; la palabra incolora y mortecina de los prosistas rastreros, nunca se vió en él: encontraréis siempre el artista y el artista que se constituye entre el límite conocido de sus formas usadas y el *nóumeno* inefable de las representaciones. Si a veces con balbuceo expresivo, siempre con verdadero refinamiento y originalidad. Allí está su discurso inicial de Alfredo Torroella que termina diciendo: . . . “Muerte, muerte generosa, muerte amiga! ay! nunca venegas!”; su “Bolívar”, nos revela al imaginador (por qué no decirlo?: digámoslo de una vez, sin vacilación ni cumplimiento) más alto que Castelar: de fa-

cultades abstractas como *Vergniaud* y poderes penetrativos como Pitt. Entrena—como dice un su apologista refiriéndose al orador—un modo de oratoria distinto del usual: una elocuencia nerviosa, brillante, difícil y embriagadora. Cabalmente cuando pronunció su discurso de Alfredo Torroella en la velada solemne del Liceo, en ese su discurso primero ante un público numeroso de Cuba, Martí surge como el verbo tribunicio más efectivo de la Isla. Verbo que a los veintidós años ya había conquistado en México, con motivo de su conferencia en el Liceo de Hidalgo, las palabras proféticas de un periodista que se había aventurado a decir: “Este joven será terrible en la plaza pública a la hora de una conmoción popular; podrá arrancar lágrimas al borde de un sepulcro; será el orador favorito de las mujeres, de los niños y de los creyentes; pero nunca, y esto depende de su sistema nervioso, de su imaginación viva y arrebatada, nunca convencerá en un Parlamento ni se sobrepondrá en medio de las discusiones frías y serenas de la ciencia”. Dice Mañach—tantas y justas veces citado—: “había una considerable justeza en el diagnóstico”. . . . : “sólo que el opinador olvidaba que Martí no tenía más que veintidós años . . .” El tiempo dijo la verdad y algo más que el sobreponerse a las discusiones frías y serenas de la ciencia: dijo del orador único, entre nosotros, y que merece las glorias todas del recuerdo.

Tal es en resumen el espectáculo en que su alma se mueve! Tal el prodigio espantable de su manifestación verbal!

Que, si decimos verdad, y dejamos de lado toda pasión que pudiera influenciarnos, Martí es sin duda el orador arquetipo de Cuba y el más alto de nuestras latitudes. Uno de los más originales, si no es el más original de todos.

*
* *

Las pobrezaas presentes, la patria esclavizada, los muertos caídos en los campos, le dan fuerza y voz en la tribuna. Y si el esfuerzo resulta estéril en hechos concretos, la libertad vibra en el corazón patriota.

Ved! Corría enero del 79, y Martí habla y se agita: en el bufete de Viondi se hacen entrevistas, y a los recados de Calixto García, se responde diariamente.

En las calles, en las casas, se habla sólo de Martí insurrecto. Y cuando el liberalismo le propone la candidatura a diputado a Cortes en España, el revolucionario define públicamente su actitud: "Ha de ir al Parlamento para llevar al cabo lo único sensato que puede anhelar un cubano de verdad: la Independencia". Y hace lo mismo cuando Adolfo Márquez

Sterling corresponde al banquete que le diera el partido. Martí señala, de una vez y para siempre, su posición.

Pero eso, que en lugar distinto fuera un alarde sin la menor trascendencia, en Cuba constituía un crimen. Para Blanco, el Capitán General de la Isla, por ejemplo, era nada menos que una aventura de loco, una acción molesta y peligrosa: el renunciar a la tranquilidad y al sosiego. El tirano no dejaba de mirar el poderío del joven orador que, al repudiar las ventajas del cuerpo en su inmortal aspiración de espíritu, importábasele una higa la delación que en su contra se hiciera; y eso, desde luego, traía su malquerencia y disgusto, ya que reducía y anulaba su ministerio. Efectivamente: el 17 de setiembre Martí cae en sus garras; se le apresa, se le maniató y se le deporta a modo de conspirador bajo la vigilancia del poder metropolitano y bajo una oprobiosa "partida de registro" cual un preso político.

Entonces, es de verlo en Madrid, pálido y silencioso, abstraído y nostálgico, apenas si cubierto de su recuerdo lejano y burlado en lo más íntimo de su corazón. Así aquel Philip Nolan que nos enseñó a querer Edward Everett Hale. Nunca se le vió más triste: nunca más contrariado, nunca más abatido e impecune. Pobre Martí! Apenas se alimentaba, apenas dormía. Los que lo vieron cuentan que discurría por las calles cavando pensamientos, rebelde como

siempre, bajo la lluvia inverniza, y sólo captando la turgencia de un hecho: sufría condena y había que vivir en constante idealidad sin que nada atrasase su consecución definitiva. "Qué me hago yo"—escribía a Viondi—, "en tanto que tan reñida e inútil batalla libran aquí las cosas de mi tierra?—Empleo el largo tiempo en echar de mí aquello que para nada ha de servirme, y en fortalecer lo que de bueno tengo. Estudio inglés con fervor tenaz. Y reuno cuidadosamente todos aquellos datos que pueden serme útiles para la obra que desde hace años intento". Cuba es la idea mantenedora, y su destino, mortificaba sin duda a los que la querían autónoma.

*
* *

Mas quién lo dijera! A cosa de poco, el propagandista silenciado, se trueca acción, presteza y diligencia inauditas: rompe su confinamiento y asume la conducta del rebelde. Sabedor que su Cuba lo necesitaba, se va en seguida a preparar—con nuevo arranque, con fuerzas nuevas y distintas—el porvenir de su Antilla.

Y aun no corta el aire su protesta y ya está en París, en New York. Se incorpora en el Comité Revolucionario y una noche de enero (1880) habla y se impone.

Y es que lo hace en un lenguaje nunca oído, en una tendencia ajena a toda tradición local.

Nunca como entonces las caras negras y mulatas de los cubanos emigrados han logrado comprender la palabra de aliento que da a su raza una misión a realizar y valor a su esfuerzo ante el porvenir de la patria. Y nunca su exaltación es más fervorosa que cuando oyen, de labios del apóstol, la sublime imprecación nunca oída: "Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la patria se unirá el mar del Sur y el mar del Norte y nacerá una serpiente de un huevo de águila!" . . . Todos comprenden entonces "por qué en el principio fué el Verbo". Y eso es más patente todavía cuando se ve que el opulento cubano Miguel Cantos alista de su cuenta el primer barco revolucionario y que Calixto García se embarca para Cuba. Es cierto que para obtener un fracaso, pero un fracaso que habrá de ser a los patriotas el medio a exaltar en más su anhelado y sufrida tendencia.

*
* *

Pero hay que emprender labor de enseñanza y organización; y a eso va a Caracas: a fundar su Cátedra de Oratoria y Literatura en el Colegio de don Guillermo Tell Villegas, su efímera pero nota-

ble *Revista Venezolana*: a escribir en *La Opinión Nacional*, el diario de Fausto Teodoro de Aldrey, sus artículos; y como siempre a predicar por su país y por el ingente porvenir de América. Basta medio año para comprender que ha encontrado el amplio concepto de la vida latina: que si México, en el sentimiento de la fraternidad continental, y Guatemala, le enseñaron de los valores primitivos de la tradición, del paisaje y del nombre naturales, Venezuela, “la dimensión trágica de América”. En Caracas reside y a Venezuela sirve: a Venezuela fracción americana. A Venezuela, patria de Bolívar y cuna de la libertad. “En qué puede tener un hombre más orgullo—decía—que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles?” “De América soy hijo”—hubo de escribir a Fausto Teodoro de Aldrey—“a ella me debo”. Y de esta tierra, tierra sagrada, que lo acogiera bondadosa, dice: “Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo”. Y fué de verdad un hijo. Su discurso en el Club de Comercio versó sobre Bolívar, las mujeres y la libertad,—el porvenir de América. Y del alto varón que se llamó Cecilio Acosta hizo el mejor de los elogios. Y es que no era a Martí indiferente el gran Cecilio, como que en su época, era el patrón de la libertad y progreso nacionales. La capacidad

de amar mide a los hombres y la cordialidad los manifiesta. Caballeros los dos de todas las justicias, de natural comprensivos, ¿qué mucho que simpatizaran, si es ley y dominio de ambos el don de armonizar, la gracia y precisión de estilo, el ancho saber, el ideal único uniforme? Es cierto que el uno era el arquetipo de la escuela clásico-romántica, de transición, y el otro de la escuela romántico-modernista, que ya comenzaba a esbozarse firmemente; pero había entre los dos un parentesco espiritual ceñido perfectamente cierto. La amistad era patente y ya lo sabéis!, cuando murió el maestro Acosta, el 8 de julio de 1881, la *Revista* publicó una semblanza imperecedera que Martí redactó. Eso le valió—es claro!—en una tiranía como la de Guzmán Blanco, suspicacias y arbitrariedades del Gobierno,—como que Acosta no era un mendrugueador del Tesoro; y el “Ilustre Americano” (un quídam con sable y osadía) hubo de indicarle a Martí sencillamente que . . . “de la Guayra salía esa semana un vapor para el Norte”.

Con todo, medio año pasó el Maestro en Caracas, sin más preocupación que la del dulce recuerdo de su hijo: aquel su “príncipe enano . . . su caballero . . . su reyecito . . . su despensero . . .” Pero su obra exigía avance y más que eso: preparación. En Venezuela no podía quedarse,—sólo siendo un plumífero venal. Pero el poema de 1810 estaba incompleto, y

él "pensaba ayudar a escribir su última estrofa"; y de esa forma, echando a otro plano las bondades que lo conminaban a quedarse, camino del Norte, vuela a los Estados Unidos donde logra, en una casita de Brooklyn, reunir con él los elementos dispersos de su hogar que el destierro le había disgregado. Su labor se concreta ahora a redactar crónicas en *La Opinión Nacional*, de Venezuela, en *La Nación*, de Buenos Aires, que comenzaba con los Mitre su eficientísima labor cultural, la traducción de manuales franceses o ingleses para la casa Appleton y el viceconsulado del Uruguay, que más tarde renunciara para servir mejor su labor patriótica. Colabora además en *La América*, revista "de Agricultura, Industria y Comercio" que se edita en New York. Y ahí, tras el amor de los que a su voz se van atropando, se activa y sacrifica en esa filantropía de la enseñanza que siempre habrá de ser en él jalón de sacrificio consagrador. Cumple con eso una forma de caridad y un deber de consolación necesarios. A la llegada de Flor Crombet a New York, fugitivo de Mahón, el escepticismo separatista tomó nuevo cauce. Martí vuelve sobre el yunque, con voluntad activa de conquistador. En Honduras el nidal separatista es grande y con el propio Flor, Martí envía sendas cartas a Gómez y Antonio Maceo, éste ya nombrado Comandante de Puerto Cortés y Omoa y aquél haciendo vida de agricultor en San Pedro

Sula. Pero como la oportunidad no parece muy cercana, Martí hace tarea de latinoamericanismo, de redención de América "por la solidaridad y por la cultura real". Y de esa forma enseña a blancos y negros y les insufla doctrinas de libertad, lecciones de cariño, ejemplos de dignidad y respeto; y armonizando aptitudes, y concentrando voluntades, los prepara en cuanto apetece un hombre de esfuerzo y en cuanto peta un ciudadano serio. Con ocasión del centenario de Bolívar, en 24 de agosto de 1883, la gran sala de Delmónico alojó en ágape patriótico a los cubanos residentes en New York. Asistieron los cónsules acreditados en la ciudad y el ex-Presidente de Honduras Marco Aurelio Soto, hospedador de los cubanos expatriados en su país. Fué un torneo oratorio. Zambrana, nuestro gran Zambrana, a la sazón en New York, "justó también con galana elocuencia". Y Martí, en un brindis "por los pueblos libres y por los pueblos tristes", concluyó diciendo: "Señores, el que tenga patria, que la honre; y el que no, que la conquiste!" Desde este momento, como bien dijo Trujillo, Martí llegó a ser la encarnación viviente de "Nuestra América".

El plan Gómez-Maceo, a saber: multiplicación previa de los focos separatistas; creación de una Junta Gubernativa con la cual se entienda el general en jefe de la revolución; facultades amplias para éste en lo militar, y consecución previa de 200,000 pesos

para costear el movimiento, todos lo aceptan. Pero, si no pudo llevarse al cabo tal intento, por el engaño de Félix Govín—el filántropo condicional que quitó el cuerpo a destiempo—de eso no fueron culpables los patriotas. Sin embargo, surgió una nube: Martí y Gómez por una mala comprensión se separaron, y más de una hostilidad tuvo que vencer el Maestro entonces. Pero en todo ello, siempre hubo el esfuerzo trasluciente de su palabra, cual una llama viva de amor. Que no por querer la acción de su teoría ha de aspirar perderla en la guerra. Se opone a los empeños de esa ira destructora de dichas y alegrías, sin preocuparle la maledicencia de los suyos que zapan su obra. Él sabe que “sólo sirve dignamente a la libertad el que a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores”. Si al justo lo persiguen igual que demonios las malas asechanzas, lo condenan los malos juicios, qué importa!: la envidia no cría sus tábanos en la luz: al ultraje se corresponde con flores! Y anda sereno: propagando amor, señalando bellezas, apaciguando siempre, limpio de infidencias y prevaricaciones. La vida es deber: no deja de ignorar! Crear una patria a la paz del trabajo, la libertad del pensamiento y la equidad de las costumbres, es sobre todo su deseo. Simpatía, tratamiento, cooperación, organización—ley de amor y de vida, de saber y de sacrificio—ese es su afán.

Martí rumia su dolor y apenas si tiene ánimo de escribir: escribe simplemente para llenar una necesidad espiritual. Escribe al poeta Heraclio de la Guardia líneas como estas: “. . . me ha entrado el horror de la palabra como forma de la vergüenza en que me tiene la infecundidad de mi existencia. La mano, ganosa de armas más eficaces, o de tareas más viriles y difíciles, rechaza, como una acusación, la pluma. Las amarguras de mi tierra se me entran por el alma y me la tienen loca. . .” Este es su mérito: no ser el teórico de la libertad. La libertad es un disfrute que sólo se realiza en la vida efectiva de ella misma y en la armonía constante de todos. Es una bella realidad conceptual y no una simple idealidad propia de gregarios acomodamientos. Era doloroso que por separarse de los planes revolucionarios de los invictos caudillos, se le condenara a desertor; y por eso fué que al reconstituirse en Clarendon Hall la directiva de la Asociación Cubana de Socorros, a cuya presidencia, naturalmente, había renunciado, sabedor de ello, Martí publicó días después en el periódico de Trujillo, una invitación a los cubanos de New York, que decía: “Mis compatriotas son mis dueños. Toda mi vida ha sido empleada, y seguirá siéndolo, en su bien. Les debo cuenta de todos mis actos, hasta de los más personales; todo hombre está obligado a honrar con su conducta privada, tanto como con la pública, a su

patria. En la noche del jueves 25, desde las siete y treinta, estaré en Clarendon Hall para responder a cuantos cargos se sirvan hacerme mis conciudadanos". No hay que decir que esa noche cambió su situación y que una ovación lo redimió. Pues si se creyó pusilanimidad o miedo el no aventurarse a conquistar la libertad sin medios, ¿qué nombre iba a tener ese entusiasmo, esa estoica sonrisa, esa lumbré cariñosa de todos sus actos; esa audaz resolución visual para ver el ambiente, donde todo era queja, censura, desaliento, abandono, imprevisión? . . . Prudencia: buen juicio para ver y buen juicio para obrar. ¿Quién como él pudo decir en medio del desastre: "amo lo bueno y lo malo, hago religión de la verdad y abrazo a cuantos me hacen bien"?

Con el amor y la verdad por guía, más cree en la obra de su vida que en la obra de su pensamiento. Le horroriza pensar que la batalla que va librando dentro de los campos de la pluma sea la forma de lidiar de los eunucos, los esclavos. Surgen de su conciencia, sobre deseos de estimular sacrificios, ansia de vivirlos. "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber" dijo: pero en tanto sea la guerra un peligro, será un deber el prepararla. No ignora que los medios a medirla —las cortes de justicia internacional, las negociaciones diplomáticas y la ejecución de los tratados de paz—, son hartamente poco en tratándose del más

puro de todos los derechos: la libertad. Es cabalmente la libertad, la conciencia de ella, lo que le impulsa a prepararse. No hay paso que dé que no sea para encontrar medios ciertos y eficaces para obtener el objeto único. Sus cualidades de orador, de hombre de acción, de apóstol de la fe, las cultiva y las forma de modo coherente, sin violencia ni pasión: en la clara atmósfera de las ideas. Algunas veces luchando contra los sofismas de la imaginación, y otras contra las ofuscaciones del sentimiento. De él podría decirse a este aspecto de la vida lo que se dice siempre de un héroe de acción: no es el atormentado de la idea de los redimidos, el gran triste de la historia, el desolado: es la idea hecha carne, vida misma, estrato de su propia misión. Que como el cielo y los placeres no le encadenaron nunca, su vida en sus menores detalles lleva un objeto y una realidad esenciales: la libertad de su espíritu y la libertad de su patria.

*
* *

Diez años en aquel medio en que hizo de todo: desde simple dependiente de una casa de comercio hasta redactar el *Sun*. Corresponsalías, versos, juicios críticos, artículos particulares, traducciones, su actividad se ejercita sin darle punto de reposo: sin dejar de enseñar y lo que es más, de ponderar esa en-

señanza. Si redacta *La América* y el *Economista Americano*, zurce *La Edad de Oro* con la aguja virtuosa de su péñola. Y enseñando y escribiendo, poseído de una inquietud que lo lleva siempre a servir, se impone, y se impone dentro de la natural indiferencia del medio lleno de lacras, deformidades hereditarias y malos hábitos morales.

Pero ahí se le quiere de veras, y ahí es donde en seguida alcanza la patente de hombre sabio. Sin embargo, mirando la actividad de aquella democracia, Martí definió muy pronto la posición de las dos Américas. “En América hay dos pueblos—dijo—, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo” . . .

Pero la faz más admirable de su vida de acción es sin duda su estancia en New York. La última vez con pequeñas ausencias de enero de 1880 a enero de 1885. New York es campo de las alternativas; es donde se asienta a seguir su predicación por América y donde bulle y se activa el contingente más cabal

y efectivo de la revolución y sin duda el más decidido y el más patriota. Sabe Martí que los *yankees* han gozado de estabilidad y progreso materiales y se han impuesto por su *voluntad de querer*, y eso lo halaga. La vecindad le ofrece, de otra parte, punto estratégico a sus incursiones y medio eficaz a sus estudios. Indudablemente, es un ambiente propicio para cumplir su vocación. Pero no hay lugar en la ciudad donde sus predicaciones se activen mejor y con mayor concurso como en la *Liga*—la casa de juntarse y de *querer* como él la llamaba. Ahí se le ve desarrollarse *maestro* dentro de esa actividad filantrópica para los pobres de sabiduría y los deseosos de cariño. Es el maestro en su esplendor más completo. Humilde con los humildes, blando con los niños y los desventurados, galante con todos. No hubo uno a quien Martí no se allanase y por quien no se desviviera por complacerle y serle útil. No hay desgracia que no remedie, infortunio que no consuele, humillación que no procure restaurar, ni pobreza que no acuda solícito con su socorro. En la Liga, lecciones de arte; lo que sus discípulos quieran pedir!, clases de literatura, de ciencia política y religión, de redacción y razonamientos, conversaciones explicatorias en derredor de temas que él decentaba, advertencias útiles y discretas, ciencia mundana. Sabe que la suavidad femenil avalora los talentos y que el desinterés es la práctica de todo gran carácter y

de esa forma nada hace que no sea brote de saber, fin de patriotismo, enseñanza a los demás. Cree Martí por sobre todo en la escuela y en los maestros como factores los más efectivos de la libertad de los pueblos y su pedagogía no es otra: crear la capacidad de amar, dejar de ser suyo para ser de todos, conquistar simpatías, suavizar esperanzas, aunar voluntades. "Sufrir"—dice su ética virtuosa—"es quizás más que gozar. Sufrir es morir por la torpe vida para nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única y verdadera". Sabe que la *idea* salvará la Nación y que el alma es la ley de la vida, su fin directo. Todo lo demás son zarandajas. Aguijoneado de esta necesidad, lo mismo se da a enseñar a los negros, que a exaltar a los obreros. Siempre: con don de interesar, con virtud sugestiva, con simpatía pedagógica, con voluntad omnímoda, con libertad absoluta. Año tras año y cada vez que puede eleva sus preces a la Patria: ora para honrar los muertos gloriosos, o para exaltar—"con una montaña por tribuna"—el más alto paladín de América; ya para hablar de los países que había visitado. No pasa 10 de octubre sin una fiesta de cultura o una reflexión íntima, un adjetivo balsámico o una realidad bienhechora. De todo lo grande habla en ese tiempo. Filósofo, orador, escritor, poeta. Tal como es su *persona* se patentiza exaltándose su vocación. Orador: persuadiendo. Escritor—agitador político—:

arrebatando. Poeta: haciendo los primores de su *Ismaelillo* y de sus *Versos Sencillos*. Aquel ochenta y tres en que pronuncia su "Bolívar" será un año inolvidable. ¡Cómo trabaja! ¡Cómo se esfuerza! Tarea de constancia en que teje página tras página y acto tras acto—como señuelo de que se vale—la conciencia de un literatismo eficaz. Funda para los niños—las proras del futuro—*La Edad de Oro*, un dechado de gracia. Él comprende que la juventud es una fuerza efectiva, que cada joven tiene un principio de gloria: el entusiasmo,—y lleva, orlando su frente, rosas y mirtos. Él sabe que el entusiasmo es ley indefectible de un futuro virtual, reflejo ambulante de una etapa mejor, de un anhelo más alto, de un optimismo más puro. Es una fuerza que dice, en el deseo decidido, la curiosidad ineluctable, el punto a conquistar en el ejemplo vivo que ella entraña. . . Pero sabe que nada sino *el ansia de ser individuo* de que nos habló el crítico danés y *el valor de tener talento*, darán la ley a ese entusiasmo viril. Pone su esfuerzo, su arte, su amor en beneficio de la unidad de América y a servir la preciosa libertad de Cuba. Ver a Martí en New York—dicen los que lo recuerdan—es figurárselo en un cuarto piso de Front Street a la luz de un sol invernal, ante unas estanterías de pino blanco y las efigies veladoras de Páez y San Martín, o bien ante un Hidalgo de talla, un mapa de las Antillas, el poeta de Francia, algunos objetos

de historia legendaria e íntima,—ojeando y hojeando papeles, leyendo libros, como el personaje de Cervantes, de claro en claro; haciendo papeles y anotándolos; publicaciones de la América Latina y Estados Unidos. Vedlo ahí mismo “con espacio apenas para los brazos flacos del hombre que escribe” meditando, asaetando a cartas a los amigos y a sus lugartenientes, o haciendo traducciones del inglés (1). Labor de preparación oral y escrita, constante labor didáctica y de conocimiento real, en la que no desmaya un minuto su fe de proscrito. Y nada de indecisiones ni oscuridades. Nada de esperanzas inciertas. Nada de entusiasmos irreflexivos ni de sensiblerías. Muy al contrario: ser amigo de Cuba—no deja de pensar un segundo—es ser hispanoamericano. Es ser previsor. Ser libre es cuestión de dignidad, sofocante dignidad de hombre. El sacrificio: el más puro goce de la humanidad. El cree con la independencia de Cuba la independencia de las Antillas. Más aún: prevé en la revolución la defensa efectiva de México. El *divide ut imperes* del florentino puede repetirse una vez más, mirando su actitud. Quiere la unidad, porque en ella reside la fuerza. Pues

(1) La traducción de la novela *Ramona*, de Hellen Hunt Jackson, la traducción en verso blanco de los cuatro poemas del *Lalla Rookh* de Moore (febrero de 1888) que por desgracia de la cultura no ha sido publicada, y como siempre: discursos. También *Misterio*, novela de H. Conway (1886) y las *Nociones de lógica* de W. Stanley Jevons. En todo: gracianismo puro.

qué! ¿no está patente la debilidad que existe tras la desintegración de los valores sociales separados, se trate de grupos iguales en el detalle de su naturaleza propia o de grupos que, heterogéneos en su esencia, llevan en sí una ambición e ideal diferentes? La división aminora la fuerza: nada hay que no tenga menor potencialidad como fuerza guerrera que un hombre abandonado a su albedrío. Y lo que pasa en la guerra pasa en la vida; y lo que pasa en un pueblo pasa en un grupo dispuesto a la lucha por la conquista de su más tierno cariño. Martí lo comprende así, y por ello su esfuerzo tiende siempre y en todo caso a armonizar dificultades y a unificar criterios. Y es que él sabe que el sésamo es elevar el ambiente de la Madre América, para que la América rubia, con su imperialismo, que abriga las mismas codiciosas intenciones que tuviera con México, no tome cuerpo y figura. Pues el desdén del vecino formidable que la conoce, era su peligro mayor; y urge—porque la hora de la visita estaba próxima—que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. “Por ignorancia llegará, talvez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conozca, sacará de ella las manos” . . .

Su patria nutrió a su ser, pero ella misma lo elevó al vía crucis que fué su vida. Mudo dolor en que hubo como formas del martirio la calumnia que imputa falsedades rastreras, el sarcasmo que mal-

trata e ironiza, el anatema que reprueba y maldice. Alguno, entre los que militaban en sus filas, medio de burla, medio en son de elogio, dijo cosas porque proscribió la guerra sin preparación, sin figurarse que su respeto, su cariño, su amor a la libertad y sus dones, le impedían aceptarla. Si él no quiso combatir simplemente por la emancipación del cubano sino luchar—si era preciso hasta morir!—por la libertad del hombre, no por ello habrá de condenársele. Son dignas de un marco sus serenas palabras: “Temer al español liberal y bueno; a mi padre valenciano; a mi fiador montañés; al gaditano que me velaba el sueño febril; al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huír con sus vestidos; al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente; al gallego que muere, en la nieve extranjera, al volver a dejar el pan del mes en la casa del General en Jefe de la Guerra Cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! A estos españoles los atacarán otros; yo los ampararé toda mi vida. A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: mienten!” . . .

Dice el sutil y reflexivo Emilio Faguet que la idea de la patria no ha *nacido* sino que ha sido *confirmada* por todo aquello que podía despertar el pensamiento del interés común, o, simplemente, de la vida común.

En efecto: esa idea, mejor dicho, esa prefiguración, tendrá que ser tanto más grande cuanto el problema, el conocimiento, el análisis que tengamos o hagamos de nuestro propio valer, sean más reales y efectivos. Martí (que sí lo supo) quiso, antes que libre, ser digno de esa bella y ponderada libertad. La idea de patria (que es correlativa de la de *independencia*) ha venido siendo hasta ahora una simple idealidad sin fondo y lo seguirá siendo hasta tanto no se viva la preocupación trascendente que ella encierra. Martí quiso exaltarla, vivirla, idealizarla, y comenzó por exaltarse para verla, sentirla y amarla plenamente.

Es necesario—creemos con Faguet—que el verdadero concepto de la independencia cambie, y cambie, primero, por el concepto propiamente dicho y luego por el amor a la libertad. Para Martí, fué la patria más que una palmera real de cabecear y penachos blandos: fué una idealización de todos sus cariños. Es necesario pues tener una idea superior de sus alcances y más que eso de la verdadera situación a que hemos llegado dentro de la vida, nosotros, como hombres libres y conscientes.

“Patria”—dijo Martí—“es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas”. Por eso Martí, antes que héroe de la libertad de Cuba (la preciosa libertad en su idea, en su pa-

sión, en su carácter) es maestro ejemplar de su deseada realidad . . . : sin fanatismos, sin sensualidades, sin imitaciones ridículas. “La patria necesita sacrificios”—dice en un carta de mayo de 1886 a Ricardo Rodríguez Otero.—“Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella”.

*
* *

En *Ismaelillo* (producido en 1882), *Versos Libres* (en el mismo año), y *Versos Sencillos* (en 1891), José Martí se nos revela poeta. *Ismaelillo* con dirección a su hijo; *Versos Libres*, vibrantes de modernismo y “sonoridades difíciles”; y *Versos Sencillos*, innovadores, virtuosos. En sus discursos primeros, retórico. En sus escritos y sus artículos un portentoso prosador, un estilista de primera fuerza. En sus cartas y sus apuntes, un escritor desgarbado, *protoplasmático*, que anda con la vida y la realiza libremente.

¿Qué, de todo eso, es lo que se aviene más con nuestro espíritu?

¡El poeta! Sí: el poeta.

“Poeta, venga a mí”,—dice Brenes Mesén—“porque así le amo; porque cada poesía suya es palmera en flor y árbol de sándalo para los bosques de mi alma; porque es despeñado torrente de sierra su

niagarada elocuencia; porque es planta de manantial en valle, bajo el rumor del álamo, la voz de su Piéride encantada; porque un genio bello, en arreos de arcángel, guarda a la puerta de su edén de su alto Meru, sagrado y sellado para pies profanos, la entrada a los más; y a poder de impetrar y de imprecicar, benigno me ha sonreído el genio y me ha conducido hasta la fragua de oro, en donde a luz y a ritmo, elaboró Martí la forja de su gloria”.

Poeta venga a nosotros también, porque basta quererle con simple sencillez, para admirarle de una vez y para siempre. Y amor no nos ha de faltar: juzgarlo, comprenderlo, nos será difícil: no quererlo como nosotros lo queremos.

Para quien vea el valor de arte real y helenismo puro que se percibe en el eterno Renán, en lo que él tiene de traslúcido artista de la prosa, *La Edad de Oro* es algo que ejemplariza tal tendencia. Mas quien busque el poeta, el bardo, el lírico, la auténtica personalidad de excepción que hay en su heroísmo, ha de ir a sus versos.

El poeta es en Martí el de los “versos del corazón”, no el de las prosas sencillas y regladas. El poeta de verdad está mejor en sus rimas y madrigales que no en sus cuentos y sus artículos, en el estilo esmerado o en la fluyente actuación de sus discursos. Ellos son aportaciones retóricas, pero no la poesía de los versos sencillos.

Martí: ¿un "poeta"? ¡Sí! Síntesis de cualidades purísimas, se abarca en él la forma de las cosas y el sentido de lo que realmente es: la sensación de lo grande y la civilización de lo real: la espiritualidad y la gloria. Sí: ¡un poeta de verdad!

En esta América nuestra en que el impulso creador pliega sus alas, la sugestión termina ante el parluro político, la ciencia se extingue, la penetración decae, todo estimula a la tragedia interior, a la comedia del mundo, a la muerte y al fin. El poeta es fe y única luz que está diciendo vida. Dentro su espíritu hallamos el *ego* perdido de otros tiempos y vivimos quizás la única vez el desinterés y la verdadera grandeza que un día tuvimos ante el misterio del mundo. Nadie sino el poeta es feliz! Vive la austera y dulce conformidad de abandonarlo todo. "Sólo el poeta", dice el Maestro, "puede anunciar y prometer la verdadera realidad divina". Martí literato o estilista, Martí poeta—poeta de verdad—, es Martí humano. Dentro de su urdimbre recia y tupida, dentro de su fantasía, apenas si hay parte que no esté radiando en él: teoría y práctica, fábula e historia, hipótesis y tradición, su potestad nos transforma y engrandece; y al elevarnos a planos distintos—los abstractos de la imaginación creadora—nos edifica y realiza en forma concreta.

Fijaos que es lo menos gongórico, y también lo *menos Béranger* que pueda ser un poeta, para usar

la expresión de un singular prosista uruguayo. Lo menos monótono y lo menos egoísta de exhibición. Si el arte que lo inspira, lo afana, la voluntad que lo impulsa, le da vida.

Martí es *hombre* en modo concreto; lo es también en su idealidad. No nos aflige como a Vasconcelos ver a Martí hablando en verso como un juglar o un trovero. Esa como virtud que hace en el mundo la realidad del poeta; la amable suavidad de su palabra que da sombra y que perfuma el viento, es también en el fondo la ley, el amor mismo, la realización de hombre, la victoria infinita, el deber cumplido. Sí: el deber! “Únicamente los egoístas creen que el objeto de la vida es la felicidad; los hombres generosos creen que el objeto de la vida es el deber”—ha dicho Tarchetti para el mundo. “El deber es feliz, aunque no lo parezca”—dice Martí a sus discípulos—“y el cumplirlo con pureza eleva el alma a un estado de perenne dulzura”. Es dentro del deber (ese deber de que nos habla ahora) donde Martí deviene poeta. Si es amplia su cultura, si el sentimiento, la proporción, la idea, nos lo presenta cósmico, demiúrgico, abstruso, universal en sí mismo—a veces hasta ver en él el ridículo y genial autor de las *Soledades* y *Polifemo*, enfermo de selección y obscuro a fuerza de novedades, recortes y sutilizaciones—eso no quita que se apoyen en él dos virtudes que lo resumen todo: deber y sinceridad. Ellas

son el Arte, y, en Martí, por inefable y por alta manera, carne de su carne.

La belleza es alma de todo lo creado; y forma de sí la realidad del poeta. Pero esa belleza puede ser subjetiva y objetiva, ideal y práctica al mismo tiempo. Arte de la palabra que rara vez se nos presenta tras la fe de un soñador, pero que, si se presenta, su intuir llega al espíritu como enseñanza divina y también humana. Un poeta, un poeta de verdad, vive poeta. "Martí"—dice Brenes Mesén—"no escribe poesía, es poeta Martí: piensa, siente, vive Poeta". El poeta, el poeta de verdad, donde puso el oído, halló la vida!

Ved al vate de Cuba! Versos rosados, voces nostálgicas de desterrado, tristezas patrióticas, deseos fervorosos de glorias y esperanzas, todo en la sinceridad más grande del alma y en el anhelo más puro del deber.

¿Y sus cartas? Al igual que sus versos y su conversación, tienen lo que es en él más atractivo: el hombre,—el hombre poeta y creador. Ideas, sentimientos, curiosidades, apuraciones, toda su intimidad está ahí. Un deseo decidido, ahora; una reacción eficaz, después; un acto de amor ante la vida y sus acontecimientos, y, en medio de ello, destacándose como don de confianza, un pensamiento perspicuo reverberando en la palabra. Todo fija al Martí apóstol y patriota en su plenitud cabal, sin duda al-

guna. Pero en sus ansiedades, en sus expansiones, en la forma varia de ser hombre, en su espontánea confesión íntima, siempre está el poeta; el poeta uno: siempre el mismo en la fe de su idea, en el ideal de sus propósitos, en sus esperanzas, en el ocaso mismo de su caída. Por ahí va, camino de Dios, haciendo poesía, alentando amor; sin cansarse nunca, sin permitir siquiera una sospecha.

Sus cartas—"el ideario de una guerra justa"—forman también la pauta de su vida, dentro de la pureza de sus actos, la decidida honradez de sus ideas y la franca lealtad de sus gestos. Ellas describen no sólo el concepto de lo que pensaba y sentía, sino de lo que podrá hacer y podrá esperar en la vida y en el propio martirio que le ofrendaba. Desde su carta a la madre,—de Hanábana—cuando apenas frizaba diez años—, hasta aquella inconclusa de Manuel Mercado, su afán es hablar a "lo esencial humano" de cada uno, al corazón de los hombres más que a su inteligencia misma; y hay, a lo largo de sus misivas, la misma angustia que le ahilaba siempre la vida y que era a la vez su único deseo: morir en todos momentos por la Patria, libre y callado.

Y recordemos finalmente *La Edad de Oro*. Libro dedicado a los niños de América para enseñarles lecciones de amor, afanes de belleza y normas de dignidad. Lo escribió cabalmente para vindicarse, en forma efectiva, de la ingratitud de los viejos. ¿Con

dirección a quiénes? A aquellos que al actuar su libertad o al realizar sus propios deseos, hicieron poesía del pensar y del sentir.

*
* *

El día en que el Ministro de España, transido de celos, llevara su protesta a los Gobiernos de Uruguay, Paraguay y Argentina acerca de hechos de aquél a la sazón su representante consular, Martí, digno y patriota, se yergue, como un toro, y renuncia a sus cargos. Cónsul de esos tres países, la intriga logró la cancelación de sus credenciales y hasta la renuncia a la Sociedad Literaria Hispano-Americana de que era su presidente, pero no cerrarle la boca. Renuncia, pero no sin lanzar una protesta; una protesta que da a su figura la concesión de un prestigio y la amable realidad de una gloria.

Y se le ve luego en Tampa. Y se le ve diciendo, "por Cuba y para Cuba", las verdades de una posibilidad y los medios de poder alcanzarla. Y, en el recuerdo venturoso de aquella madrugada de Yara se le oye evocar los ocho adolescentes que un día cayeron consagrados por siempre. Va su palabra para los separatistas declinantes y su voz para los autonomistas fríos. Con el mismo ideal que lo nutre y con el deseo de realizarlo que lo multiplica y anima.

De Tampa corre a Cayo-Hueso, y habla de

nuevo. Mide el medio y, cuando nada esperaba la masa de teóricos libertadores que se reunía, toma palabras, recoge conceptos, y en una síntesis viril, en un estudiado sopesamiento de las fuerzas, redacta "ese monumento de amor y de concordia" que se llama las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*. El voto de todos lo designa *Delegado* y jefe de los expatriados con los vítores y coronas de todos los correligionarios; y entonces comprende que no todo en la vida son goces; que "para el revolucionario no hay más descanso que la tumba"; y otra vez, camino de playas nuevas, se va al mundo,—de ciudad en ciudad, de zona en zona, de gente en gente, hasta donde su paso alcance.

Retrae de su descarrío a Gómez en Santo Domingo y lo visita en su retiro (1). Viene a Costa Rica, donde los Maceos viven vida de paz y con Flor Crombet concibe un plan, llegando, mediante su estudio—"sin una sola duda ni lastimadura"—a su aprobación definitiva y cabal (2). Va a México y ar-

(1) Junio de 1893. Restableciendo las relaciones de Máximo Gómez y Antonio Maceo, distanciados.

(2) 5 de junio al 18 de junio de 1894 (14 días). "Martí en San José, el día 7. Se hospedó en el Gran Hotel. El domingo 10, *La Prensa Libre* rindió en *Notas y Noticias* otro saludo para Martí, visitante que "sintetiza la suprema aspiración de todo un pueblo hacia su independencia". "El lunes 11, en la mañana, partió para Puntarenas. El 18 de junio de 1894, salió del país. Siete días, en nuestro puerto del Pacífico. Saludó a los mensajeros de la colonia "La Mansión" y a Flor Crombet, de quienes se separó "sin una sola duda ni lastimadura". Conversé con José Maceo, Juan Baracoa y León Castro". (Carlos Jinesta: *José Martí en Costa Rica*).

moniza. Y huroneando, venciendo dificultades y resistencias, vuelve a New York (1). Nada lo ataja, nada le infunde desazón: ni Purnio fracasado, ni la enfermedad desgastante, ni la calumnia o las insinuaciones bellacas; ni Lajas, ni Ranchuelo: es toda lucha, consigna, camino adelante, revolución activa (2).

Realiza el plan de Fernandina, pero con suerte zahareña y mala ventura (3). Se diría que algo se opone a la realidad feliz de sus deseos. Listos su *Amadís*, su *Lagonda*, su *Barucoa*, lo traicionan vilmente (4). Las autoridades locales (5) detienen la gente que habrá de ir a tierra cubana, y Martí, bajo aquella humillación dolorosa, por la postrera vez, se alberga en su nido.

Tras la escapada, ¿qué pensar? ¿qué hacer?

(1) 8 de julio de 1893.

(2) Viaje a Tampa, a Cayo-Hueso; regresa a New York; va a Filadelfia, Jacksonville y otros lugares de Florida en compañía del hijo del General Gómez. Luego a Nueva Orleans; a Puerto Limón (5 de junio de 1894: ver *La Prensa Libre* del viernes 8 de junio de 1894), a Puntarenas (11 al 18 de junio del mismo año), a Panamá (22 de junio) a Kingston, Jamaica (25 de junio). Todavía más: va a México y vuelve a New York: julio y agosto de 1894.

(3) El plan de Fernandina: 10 de enero de 1895.

(4) "Antonio Maceo y Flor Crombet debían de salir de Costa Rica en el barco *Amadís* hacia Santiago de Cuba, con el objeto de invadir la Isla. La expedición marchaba del puerto de Fernandina, en Florida. En el barco *Barucoa* iban Serafín Sánchez y Roloff. En el *Lagonda*, Máximo Gómez y José Martí. Pero este plan fracasó por la denuncia y malignidad de Fernando López de Queraltá". (Cita de Carlos Jinesta: *Obra citada*).

(5) Departamento de Hacienda de Washington.

Días después se le ve en Santo Domingo. . . (1). Van con él dos de sus leales. Acampa en Cabo Haitiano; y entonces sabe—feliz!—que se pelea en campos de Cuba por el ideal de su vida.

Publica el manifiesto famoso de Montecristi con Máximo Gómez, y escribe al amigo y al hermano, su testamento político. (2).

Y cuando ya nada falta en la curva de su propósito (3); cuando todo se ha hecho, un vapor lo conduce a su tierra natal. Van Gómez, otros cuatro valientes y Martí. Todos saben que es menester morir o vencer en la demanda. A eso van!

El desembarcar de suyo peligroso en la oscuridad triste de la noche; las caminatas por ríos y lodos; toda la serie de molestias y penalidades que trae el avance desconocido en campo también desconocido, no cejan su exaltación virtuosa ni el garbo triunfal de su actitud.

Apenas si internados, Ruenes de Baracoa a la vista: un valiente de Cuba que viene a engrosar el cuerpo pequeño de patriotas.

Seis días, y salidos para Guantánamo. Se unen Garzón, Mariano Sánchez y José Maceo.

Y comienzan combates: principia el sigilo, y la

(1) 30 de enero de 1895.

(2) La conceptuosa carta a Federico Henríquez y Carvajal, de 25 de marzo de 1895, que se ha señalado como "el esquema de la Constitución".

(3) 1º de abril de 1895.

elocuencia martiana, entre arrullos y truenos, derramando honor, alentando esperanzas, relatando verdades . . .

Una, dos, tres acciones, y el 19 de mayo . . . ya lo sabéis!

Sobre Dos Ríos total la suavidad pura del paisaje. El Maestro habla de nuevo. El valor hinca su púa sobre las frentes patriotas; todos se sienten exaltados. Las avanzadas tocan al arma. En efecto: media hora después, el encuentro esperado, y . . . a la carga!, para deshacer el enemigo.

El combate se activa, crece, se exaspera. Martí con su ayudante entra a la refriega, y . . . lo que pasó . . . ya es del hado!

Cayó sin estruendo: de golpe y en campo raso: de cara al sol—como él lo dijo, y como estaba de Dios que así fuese.

Exvoto

Y ahora, Maestro peregrinante—¡oh Martí bondadoso!—: ¡óyeme! . . .

—¡Qué cruzada emprendiste! ¡Tu estrella fué un símbolo! Un día alumbró en los jardines de tu alma, como una llama mística, y ya no hay paso que des—grande o pequeño—falto de fe o escaso de esperanza. ¡Lo mismo en tu marcha hacia la altura, que en tu hora visionaria y final!

—¡Maestro! Que Dios te bendiga en tu gloria—ahora y siempre—por los siglos de los siglos.